

LUIS MERINO REYES

LA PERSONALIDAD LITERARIA  
DE RAFAEL MALUENDA

---

RAFAEL MALUENDA nació en Santiago, el 18 de marzo de 1886, o sea cuenta ya 76 años de edad. Es un sobreviviente activo del periodismo y de la literatura chilenos. Estudió humanidades en el Instituto Nacional y siguió después cursos en la Universidad de Chile. Comenzó a escribir muy temprano, en 1904, colaborando en el diario *La Ley* y en la revista *Chile Ilustrado*. De 1906 a 1909 desempeñó un cargo administrativo en la Secretaría de la Universidad de Chile; allí conoció a Baldomero Lillo, a quien ha evocado, magro y tuberculoso, en más de alguna crónica. En 1908 escribió para *El Ferrocarril*. En 1909 empezó a laborar en *El Diario Ilustrado*, llegando a ser, poco después, secretario de redacción, puesto en que permaneció hasta 1914. En esta misma fecha se trasladó a Chillán, donde fundó *El Día*, regresando a Santiago en 1918. Entre 1918 y 1920 publicó un gran número de cuentos en la revista *Sucesos*. Después de la campaña presidencial de 1920, pasó a formar parte de la redacción de *El Mercurio* y es actualmente el Director de este periódico. Ha viajado por algunos países del continente y de Europa. Antes de seguir adelante y a propósito de la incorporación de Rafael Maluenda a *El Mercurio*, conviene recordar que la campaña presidencial de 1920 significó la salida de *El Mercurio* del antialessandrista Joaquín Díaz Garcés (Ángel Pino), quien pasó a la redacción de *El Diario Ilustrado*, hondamente contrariado en sus ideas políticas.

En 1922, Maluenda estuvo en Brasil, con motivo del centenario de la Independencia de esa nación; en Lima, tres veces, siendo la primera en 1928. En Lima se ambienta su *Armiño negro*, una novela escrita a tono con el más auténtico costumbrismo español: el Padre Coloma, la Condesa doña Emilia Pardo Bazán, por ejemplo.

“Rafael Maluenda —ha escrito Mariano Latorre, en su obra *La literatura de Chile*, publicada en Buenos Aires, en 1941— observó a la clase media santiaguina. Y en *Venidos a menos*, *Las hijas del héroe*, *La familia Rondanelli* y más que todo en *La Pachacha* pintará con toques de irónico realismo la vida opaca de los pobres vergonzantes o la vanidad de los nuevos ricos de la vida social... Es Maluenda quien descubre la tragedia de los siúticos en la novela corta *La Pachacha*. Esta novela admirablemente escrita y magistralmente lograda es, quizás, lo mejor en la obra literaria de Maluenda. Al lado de una ironía fina, de raíz francesa, graciosas escenas del gallinero simbólico (la ciudad provinciana), que sólo excepcionalmente habíamos visto en la literatura chilena, en páginas de Daniel Riquelme y Angel Pino.”

Es un buen juicio. Una crítica de escritor a escritor, entre sensibilidades pares, que contradice la opinión de Raúl Silva Castro, en el sentido de que, entre otros, nunca convendría consultar ni menos citar un juicio estético de Mariano Latorre. Pero una cosa es la cronología y la enumeración de las obras y otra muy distinta es su captación sensible. A su vez don Domingo Amunátegui Solar ha comparado a Maluenda con Fedor Dostoiewski, el novelista ruso, lo que suena a absurdo. El autor de *Memorias de un ser paradójico* es un novelista de almas, de entes que no alcanzan, a veces, ni siquiera su ropaje social. En cambio, Maluenda relata concretamente hasta con la parquedad y concisión de un funcionario que eleva su parte a un invisible juez. Por lo demás, las opiniones de don Domingo Amunátegui sobre Rubén Darío son todavía más extravagantes. Analizado palabra por palabra, destruido en su magia, en su música esencial, el poeta que escribiera en menos de media hora el *Coloquio de los centauros* queda reducido a nada. La poesía, más de alguien lo ha dicho con lucidez, es una asociación sorpresiva de palabras, las mismas viejas y usadas palabras que emplea el hombre cotidiano en sus opacos ajetreos.

Rafael Maluenda siente una extraña fascinación por los sucesos apasionados, fuertes de la vida. Habría sido un buen cronista taurino y son maestros sus apuntes de riñas de gallo, en redondeles clandestinos de Santiago y locales públicos de Lima. Pero el escritor sudamericano no tiene, con frecuencia, posibilidad de elegir, salvo que convierta la elección en holocausto y se resigne a la pobreza y a la tozudez imperturbable propia de los santos. No hay drama más hondo que ser tramitado y engañado, cuando se lleva entre manos un oficio fino, una grácil artesanía que no

pueden realizar todos y que no es comprendida aún. Así se explica que Maluenda, hijo de un arcaico militar, haya preferido la práctica del periodismo en un diario sesudo, con una amplia base de lectores. El antiguo literato que escribía antaño una noche entera, desvelándose en la mañana por una palabra, ahora redacta gacetillas y también escribe sin prisa, con una pasión que se trasluce más en la defensa de su literatura que en la factura de la obra misma. Pero Rafael Maluenda es, sin sombras de duda, un escritor integral.

Afecto a un retablo de héroes violentos, en pugna con la sociedad en que viven, con las normas estrictas que premiando y castigando rigen la convivencia, Maluenda resuelve a puro instinto los dilemas de su narración natural, sin mayor artificio ni complejidad. Ve bien la naturaleza y el hombre, hasta donde él los ve: en su colorismo monótono, en una conducta anímica que se muestra por el rasgo simple, por la audacia desesperada y suicida, por la hidalguía que también rige la conducta de las antípodas: el juez y el malhechor, digamos por caso.

Y así escribe Rafael Maluenda en la primera, acaso en la mejor de sus historias delictuosas, en su breve relato *Perseguido*:

“Cuando después de algunos minutos de fatigosa ascensión alcanzaron la cumbre, sus ojos recorrieron inútilmente las resquebrajaduras de aquella cima cortada a pique: no había nadie. El sol la iluminaba en toda su hondura, los pájaros mañaneros la cruzaban por doquiera, y sólo algunas manchas de color oscuro que se advertían en las afiladas aristas de las rocas ribereñas y sobre las piedras abrillantadas por la luz acusaban el camino seguido por el fugitivo en su salto imposible.

“Atónitos, desencajados, las pupilas llenas de asombro, los soldados se miraron, sintiendo que un calofrío de horror los estremecía. Y sin hablarse, todos volvieron los ojos, como si los fascinara el vértigo de aquel formidable tajo.”

La cita nos ahorraría comentarios, pero vamos a hacerlos. La imaginación del prosista no está visible en la forma, su estilo es vulgar, su metáfora frecuente gira y vuelve a girar dentro de un estrecho círculo. Así han descrito siempre cuando creen empinar el vuelo, Luis Durand y Fernando Santiván y está aparte de ellos el barroquismo de Mariano Latorre, con la pedrería de sus hallazgos verbales bien engarzados, hasta producir un sonido eufónico de pájaros y viento. ¿Y el fondo? Trasluce, como dijimos al comienzo, la admiración del autor por quienes defienden su vida

apretada a la intemperie, en medio de un rigor seco y viril que ni siquiera vislumbra un testigo para la hazaña. Esto último ha de ser lo que más seduce a Rafael Maluenda. Resta, y no sería honrado callarlo, la pasión apenas sosegada del narrador, una pasión que embiste, que llega a expresarse dentro de una artesanía rutinaria, pero que más tamizada y decantada alcanzaría los primeros acantilados del arte.